

EL SACERDOCIO DE JESUCRISTO Y DE SU CUERPO, QUE ES LA IGLESIA

Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz", sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos" (Mt., 18,20). Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre Eterno.

Con razón, pues, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia. (SC7)

La Eucaristía, de acuerdo con lo que afirma la Constitución conciliar sobre la acción litúrgica, es obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia. En efecto, por el bautismo los creyentes somos incorporados a Cristo como miembros de su Cuerpo. Con él morimos y resucitamos, para ofrecer un culto agradable a Dios, para ser pan partido en Cristo, nuestra Cabeza, para la vida del mundo. Somos un pueblo sacerdotal, profético y real.

Incorporados al dinamismo de la ofrenda de Jesucristo en su Pascua, esto es, en su condición de único Mediador de la nueva y eterna alianza, estamos llamados a significar y cultivar la mediación en un mundo secular, con el fin que todas las personas y pueblos lleguen a ser una ofrenda grata a Dios. San Pablo veía su ministerio de la palabra como un verdadero oficio sagrado, esto es, como su verdadero culto, consistente en llevar a los gentiles a la obediencia de la fe. Escuchemos un texto esclarecedor para comprender la perspectiva de su ministerio en un mundo pagano, como es el mundo secular, pues también éste está plagado de «dioses» y «prácticas religiosas», aunque adopten en apariencia una forma intramundana.

Lo he hecho en virtud de la gracia que Dios me ha otorgado: ser ministro de Cristo Jesús para con los gentiles, ejerciendo el oficio sagrado del Evangelio de Dios, para que la ofrenda de los gentiles, consagrada por el Espíritu Santo, sea agradable. Así pues, tengo de qué gloriarme en Cristo y en relación con las cosas que tocan a Dios. (Rom 15, 15-17)

En la sangre derramada de Cristo, Dios nos estaba reconciliando con él y establecía la nueva y definitiva alianza del Espíritu Santo. Así culminaba la misión del Verbo encarnado. Ahora bien, incorporados a Cristo, hechos consanguíneos de Cristo, siendo su Cuerpo en la historia, fuimos asociados a la ofrenda del Hijo al Padre en favor de la humanidad. Es la consecuencia de que Cristo vive en nosotros y nosotros en él. Por ello el apóstol podía escribir: «Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os

amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor.» (Ef 5, 1-2)
En la carta a los romanos, Pablo presenta el dinamismo de una auténtica espiritualidad cristiana a la luz de la Pascua de Jesús en la dinámica de un sacrificio razonable, esto es, existencial:

Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, que es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto. (Rom 12, 1-2)

En una sociedad del bienestar, la gran tentación para la Iglesia no es nueva, pero adquiere sus propias formas: la búsqueda de una religión del bienestar y, por tanto, de un cierto intimismo, con el riesgo de abandonar la historia, el ámbito donde se realiza el encuentro de Dios con la humanidad. Esto explica, al menos en parte, éxito de las religiones que ofrecen técnicas en función de una armonía interior, de la autoestima, del bienestar religioso y psicológico. La tentación es fuerte y sutil, pues bajo de la llamada a la felicidad, que Dios quiere y de una espiritualidad holista, se abre camino entre los mismos cristianos un cierto sincretismo e individualismo. Al querer eludir y evadir la realidad dramática de la existencia humana, se tiende a evacuar el sentido del sacrificio verdadero y a refugiarse en un intimismo egoísta, aun cuando se coloree con textos bíblicos, seleccionados a gusto del consumidor. De ahí la necesidad de ahondar en la dimensión sacerdotal de la existencial a la luz del único Mediador de la nueva alianza, si queremos ser consanguíneos de Cristo, esto es, compartir su vida, misión y destino.

I.- EL «SACERDOCIO EXISTENCIAL» DE CRISTO.

El autor y predicador de la carta a los hebreos, después de presentar a Cristo, el Hijo, coronado de gloria en su Pascua y de haber vencido la muerte en su muerte, esto es, en la cruz (cf. Hb 2, 5-18), invitaba a la comunidad cristiana a contemplar a Jesús con palabras tan significativas como estas:

Por tanto, hermanos santos, vosotros que compartís una vocación celeste, considerad al apóstol y sumo sacerdote de la fe que profesamos: a Jesús, fiel al que lo nombró, (Hb 3, 1-2)

Y más adelante, recuerda nuestro predicador qué supuso para Jesús ser el pionero y consumidor de la fe:

En consecuencia: teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Recordad al que soportó tal oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo. Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado, y habéis olvidado la exhortación paternal que os dieron: *Hijo mío, no rechaces la corrección del Señor, | ni te desanimas por su reprehensión; porque el Señor reprende a los que ama | y castiga a sus hijos preferidos.* (Hb 12, 1-6)

Toda la carta a los hebreos, que muchos presentan hoy como un gran sermón, nos habla del sacerdocio existencial de Jesús, esto es, de la ofrenda que Jesús llevó a cabo de sí mismo en el Espíritu eterno (cf. Hb 9, 14), bien que entre gritos y lágrimas, pues tuvo que aprender la obediencia aun siendo Hijo.

Nadie puede arrogarse este honor sino el que es llamado por Dios, como en el caso de Aarón. Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de sumo sacerdote, sino que la recibió de aquel que le dijo: *Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy*; o, como dice en otro pasaje: *Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec*. Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec. (Hb 5, 4-10)

Conviene notarlo, pues con frecuencia al hablar del sacrificio de Jesús se piensa, un tanto de forma superficial, solo en la cruz. Ahora bien, aun cuando en la cruz adquiere su cima, Toda la existencia de Jesús, desde el inicio de su vida, hasta su consumación, está impregnada por la perspectiva y la dinámica del sacrificio existencial: por la obediencia que brotaba de la comunión con Dios y designio de salvación y por la solidaridad en el amor con sus hermanos, la humanidad entera. No lo olvidemos: en la obediencia y la solidaridad consiste el verdadero sacerdocio existencial de Cristo y de su Cuerpo, que es la Iglesia en el mundo. Baste rumiar y saborear el texto siguiente:

Por eso, al entrar él en el mundo dice: *Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, | pero me formaste un cuerpo; | no aceptaste | holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo | —pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí— | para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad*. Primero dice: *Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias*, que se ofrecen según la ley. Después añade: *He aquí que vengo para hacer tu voluntad*. Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre. En efecto, todo sacerdote ejerce su ministerio diariamente ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, porque de ningún modo pueden borrar los pecados. Pero Cristo, *después de haber ofrecido* por los pecados un único sacrificio, está sentado para siempre jamás a la derecha de Dios y espera el tiempo que falta hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies. Con una sola ofrenda ha perfeccionado definitivamente a los que van siendo santificados. Esto nos lo atestigua también el Espíritu Santo. En efecto, después de decir: *Así será la alianza que haré con ellos | después de aquellos días, |* añade el Señor: *| Pondré mis leyes en sus corazones | y las escribiré en su mente, y no me acordaré ya de sus pecados ni de sus culpas*. Ahora bien, donde hay perdón, no hay ya ofrenda por los pecados. (Hb 10, 5-18)

El «sacerdocio existencial de Jesús», poco o nada, tiene que ver con el «sacerdocio funcional» de las religiones o con el poder del «sacerdocio levítico» del judaísmo; y que de alguna forma, cosa curiosa, se trata de defender en la Iglesia, en especial, por aquellos que lo combaten y reivindican el sacerdocio en la Iglesia. Es curioso el fenómeno mimético que se está desarrollando por parte de ciertas ideologías. Critican que el sacerdocio se haya convertido en un poder en la Iglesia y buscan acceder al poder que cuestionan, con la intención dicen de combatirlo. Una falacia, pues lo que buscan es hacer prevalecer sus ideas, hasta el punto que se instaure un nuevo clericalismo, aun cuando este adopte apariencias democráticas. Olvidan que el sacerdocio es don y nadie puede reivindicarlo. Olvidan también, por otra parte, que a nadie se le impide asociarse a la Pascua del Hijo y ser don para los demás. La lógica y dinámica del poder no se combate desde el poder, sino desde la mansedumbre y humillación de la cruz, como lo recuerda la vida y misión de Jesús; y cuyo paradigma se expresa de forma definitiva en el icono del lavatorio de los pies. Y esto es verdad, tanto para los ministros ordenados como para los fieles laicos y consagrados. Conviene no perder el norte y adentrarse en el dinamismo de la fe.

En la sangre de Cristo, esto es, en su obediencia y solidaridad, tiene lugar la reconciliación de Dios con la humanidad (cf. 2Cor 5, 18ss), la nueva alianza y eterna alianza, la alianza del Espíritu.

Si la sangre de machos cabríos y de toros, y la ceniza de una becerro, santifican con su aspersión a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, para que demos culto al Dios vivo!

Por esa razón, es mediador de una alianza nueva: en ella ha habido una muerte que ha redimido de los pecados cometidos durante la primera alianza; y así los llamados pueden recibir la promesa de la herencia eterna. Donde hay testamento tiene que darse la muerte del testador; pues el testamento entra en vigor cuando se produce la defunción; mientras vive el testador no tiene vigencia. De ahí que tampoco faltase sangre en la inauguración de la primera alianza. Cuando Moisés acabó de leer al pueblo toda la ley, tomó la sangre de los becerros y los machos cabríos, además de agua, lana escarlata e hisopo, y roció el libro mismo y al pueblo, diciendo: *Esta es la sangre de la alianza que Dios ordenó para vosotros*. Con la misma sangre roció la tienda y todos los utensilios litúrgicos. Según la ley, casi todo se purifica con sangre, y sin efusión de sangre no hay perdón. Era necesario que todas estas cosas, que son figura de las realidades celestes, se purificaran con tales ritos, pero las realidades celestes mismas necesitan sacrificios superiores a estos. (Hb 9, 13-23)

Unirnos al sacerdocio de Cristo, como cuerpo suyo que somos, lleva consigo, por tanto, compartir su obediencia al Padre y la solidaridad con nuestro mundo. Ahora bien esto supone estar dispuestos a pagar el precio que pagó Jesús. Participar en el sacerdocio del único Mediador es andar el camino que él anduvo para dar la vida al mundo. Es compartir so oración entre gritos y lágrimas, hacer el aprendizaje de su obediencia, derramar con él la sangre para sellar la nueva alianza en nuestra propia carne.

En este sentido la existencia sacerdotal es dramática, es un morir para dar la vida. ¿Estamos dispuestos? No nos quedemos en la lógica del funcionario, del que hace cosas, pero no arriesga su vida. Jesús no vivió de acuerdo con el sacerdocio levítico ni con el sacerdocio funcional de las religiones. ¡Tomemos conciencia de nuestros carismas en medio de un mundo secular! No seamos miméticos, esto es, no ambicionemos lo que tratamos de combatir. El que codicia el poder nunca liberará de verdad a la humanidad. Esto es lo que nos enseña el sacerdocio de Cristo Jesús.

El sentido del sacrificio de la cruz

Pero antes de pasar adelante, detengámonos por un momento en el sentido de la palabra de sacrificio a la luz de la ofrenda que Jesús hace de sí mismo, una vez que había llegado la hora del Padre.

Para muchos, en efecto, el sacrificio suena a destrucción, dolor y muerte. Pero debemos preguntarnos: ¿Es así como se presenta su verdadero significado y dinamismo a la luz de las Escrituras, en especial, de la cruz del Señor?

Para una visión superficial, la cruz no es más que la expresión de la injusticia de los hombres o la consecuencia de la coherencia de Jesús, en particular de la defensa de los pobres. Es la visión propia del pensamiento sociológico y de una cierta psicología religiosa. En ello se encierra algo de verdad, claro está, pero tiene mucho de proyección de ciertas ideologías sociales, psicológicas y religiosas, pero que no tiene apoyo en los textos evangélicos y kerigmáticos de la fe apostólica. Jesús no fue condenado por defender a los

pobres, sino que fue acusado ante Pilato por blasfemo. En el Sanedrín también se invocó, pero falsamente, que había amenazado con destruir el templo. También se le acusaba de comer con pecadores y publicanos, con los excluidos de la religión oficial. La Ley siempre había tomado la defensa de los pobres, por lo cual no se le podía imputar ir en contra de la ley por defender al pobre, pero sí se le acusó también de trasgredir el sábado.

Para otros, el sacrificio es pensado desde la ideología religiosa y una espiritualidad, que lleva consigo la destrucción de la víctima. En estas lecturas, priva, ante todo, la perspectiva del dolorismo. Ciertamente que haya dolor e injusticia en la cruz, en la muerte del justo e inocente, nadie lo puede negar, como que Jesús fuera a la cruz con coherencia. Pero estas perspectivas, insisto, aunque contienen puntos de verdad, nos dejan en la superficie de la Pascua del Hijo, libremente aceptada. «El buen pastor da su vida por las ovejas... Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre.» (Jn 10, 11.17-18)

La cruz, vista desde la perspectiva del amor divino, tal como es pensada y contemplada en la fe apostólica, el sacrificio del Hijo del hombre sostenido por el Espíritu eterno (cf. Hb 9, 14), es el momento de la exaltación del Crucificado y de la plena revelación del amor del Padre por sus criaturas. El Hijo no es destruido, sino exaltado. En su humillación, haciéndose el último, se convierte en el Primogénito de la creación y en la Cabeza de la Iglesia. La cruz es la senda de la glorificación del Padre y del Hijo, de la auto-glorificación mutua. Escuchemos lo que se proclama en el evangelio según san Juan:

Entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos; estos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: «Señor, queremos ver a Jesús». Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contestó: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará. Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero si por esto he venido, para esta hora: Padre, glorifica tu nombre».

Entonces vino una voz del cielo: «Lo he glorificado y volveré a glorificarlo». La gente que estaba allí y lo oyó, decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí».

Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir. La gente le replicó: «La Escritura nos dice que el Mesías permanecerá para siempre; ¿cómo dices tú que el Hijo del hombre tiene que ser levantado en alto? ¿Quién es ese Hijo de hombre?». Jesús les contestó: «Todavía os queda un poco de luz; caminad mientras tenéis luz, antes de que os sorprendan las tinieblas. El que camina en tinieblas no sabe adónde va; mientras hay luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz». Esto dijo Jesús y se fue y se escondió de ellos. (Jn 12, 20-36)

El sacrificio del amor, el existencial, no es el camino de la destrucción y aniquilación, como se piensa de forma trivial y sin tener cuenta de la experiencia humana verdadera, sino la senda empinada de la glorificación y de la fecundidad. Hacer algo sagrado no es destruirlo, sino darle su máxima posibilidad y gloria, esto es, «un peso» y valor mucho mayor. Ciertamente,

los que no aman y buscan solo el poder, nunca podrán comprender la lógica del «logos de la cruz» [*LÓGOS TOÛ STAUROÛ, VERBUM CRUCIS*], que es fuerza y sabiduría de Dios para el que cree.

El grano de trigo es fecundo en la medida que muere. El que quiera servir a Jesús está llamado a seguirle en la dinámica propia del amor, tan diferente a la del sentimiento animado por las ideologías de moda. La liberación de los hombres pasa por la cruz y no por la conquista del poder, pues como bien señaló Pablo VI, las liberaciones que nacen de las diferentes ideológicas terminan engendrando nuevas esclavitudes, aun cuando esto no se quiera oír en muchos movimientos sociales, culturales, políticos y religiosos del momento presente. He aquí lo que decía el Papa, que defendió u propició la formación de cristianos libres y dedicados a la liberación de sus hermanos:

La Iglesia asocia, pero no identifica nunca, liberación humana y salvación en Jesucristo, porque sabe por revelación, por experiencia histórica y por reflexión de fe, que no toda noción de liberación es necesariamente coherente y compatible con una visión evangélica del hombre, de las cosas y de los acontecimientos; que no es suficiente instaurar la liberación, crear el bienestar y el desarrollo para que llegue el reino de Dios.

Es más, la Iglesia está plenamente convencida de que toda liberación temporal, toda liberación política —por más que ésta se esfuerce en encontrar su justificación en tal o cual página del Antiguo o del Nuevo Testamento; por más que acuda, para sus postulados ideológicos y sus normas de acción, a la autoridad de los datos y conclusiones teológicas; por más que pretenda ser la teología de hoy— lleva dentro de sí misma el germen de su propia negación y decae del ideal que ella misma se propone, desde el momento en que sus motivaciones profundas no son las de la justicia en la caridad, la fuerza interior que la mueve no entraña una dimensión verdaderamente espiritual y su objetivo final no es la salvación y la felicidad en Dios.

Si el grano de trigo no acepta morir, el futuro de la humanidad y de la vida misma de la Iglesia está en entredicho. Los justicieros no son lo que salvarán el mundo. Los verdaderos liberadores se ofrecen en el amor por los demás.

Añadamos además que Jesús nos muestra una dinámica muy diferente a la de los que quieren atraer a los demás a través de sus gestos y obras grandiosas. Cuando le comunican que unos griegos quieren verlo, Jesús los reenvía a la cruz, pues será desde ella que atraerá a todo hacia él. Es ahí, desde lo alto de la cruz que se revela y muestra al mundo en su verdadero ser y misión, en su identidad mesiánica. Y solo quienes se dejan atraer por el Padre, darán su fe y confianza a la palabra del Crucificado exaltado. Es el Espíritu quien dice: «Jesús es Señor». Jesús es siempre el crucificado que se sentó a la derecha del Padre. La cruz no es su fracaso, sino su exaltación. ¡Ahora ya sabemos lo que es el amor!

La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito. Tampoco en el Antiguo Testamento la novedad bíblica consiste simplemente en nociones abstractas, sino en la actuación imprevisible y, en cierto sentido, inaudita, de Dios. Este actuar de Dios adquiere ahora su forma dramática, puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la « oveja perdida », la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del

que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: « Dios es amor » (1 Jn 4, 8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar. (DCE 12)

II.- EL SACERDOCIO DEL PUEBLO DE DIOS

El bautismo, como bien sabemos, nos incorpora al Cuerpo de Cristo, nos hace miembros de su cuerpo en la historia. «Pues, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.» (1Cor 12, 12-13) Es interesante notar la afirmación: «así es Cristo». Pablo, antes de su encuentro con el Resucitado, lo había perseguido en su cuerpo, la comunidad de los discípulos. La Cabeza y el Cuerpo no pueden separarse.

Un poco más adelante, el apóstol afirma: «Pues bien, *vosotros sois el cuerpo de Cristo*, y cada uno es un miembro.» (v. 27) Y después de enumerar ministerios y carisma, concluye: «Ambicionad los carismas mayores» (v. 31), cuyo camino más excelente es el amor.

Puesto que Cristo se ofrece en ofrenda agradable en su cuerpo, quien celebra el sacrificio de Cristo en la Eucaristía, está llamado a ofrecerse con Cristo en ofrenda agradable. En este sentido participa del sacerdocio existencial del Señor, que es al mismo tiempo altar y víctima inmolada para la vida del mundo. Sed imitadores de Dios como hijos es ofrecerse con Cristo en ofrenda agradable (cf. Ef 5, 1-2)

La participación en la Eucaristía, conviene insistir en ello, es comunión con la muerte de Cristo para participar en el poder de su resurrección, como Pablo lo subrayaba desde la perspectiva de un auténtico conocimiento de Jesucristo, que es un conocimiento vital y no simplemente intelectual o afectivo.

Más aún: todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en él, no con una justicia mía, la de la ley, sino con la que viene de la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios y se apoya en la fe. Todo para conocerlo a él, y la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, con la esperanza de llegar a la resurrección de entre los muertos. (Flp 3, 8-11)

Quien comprende con el corazón, en la dinámica propia de la contemplación, vivirá con alegría en medio de las pruebas y avatares de la vida, pues cree y sabe que participa así en la obra de la salvación llevada a cabo a Cristo. Pero quien no se adentre en esta inteligencia de la fe, pronto se situará, consciente o inconscientemente, como «enemigo de la cruz de Cristo». Incluso con la mejor voluntad, se entregará a la búsqueda de los consuelos terrenos, aun cuando lo envuelva en un lenguaje religioso. Es importante vivir con una serena y constante actitud de discernimiento, pues todos tendemos a engañarnos, olvidando que estamos llamados a estar en el mundo, pero sin ser del mundo. ¡El evangelio del reino de Dios debe prevalecer sobre el reino de la cultura propia de los hombres!

Así, pues, apartaos de toda maldad, de toda falsedad, hipocresía y envidia y de toda maledicencia. Como niños recién nacidos, ansiad la leche espiritual, no adulterada, para que con ella vayáis progresando en la salvación, ya que *habéis gustado qué bueno es el Señor*.

Acercándoos a él, piedra viva rechazada por los hombres, pero elegida y preciosa para Dios, también vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción de una casa espiritual para un sacerdocio santo, a fin de ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios por medio de Jesucristo. Por eso se dice en la Escritura: *Mira, pongo en Sión una piedra angular, elegida y preciosa; quien cree en ella no queda defraudado.* Para vosotros, pues, los creyentes, ella es el honor, pero para los incrédulos *la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular, y también piedra de choque y roca de estrellarse;* y ellos chocan al despreciar la palabra. A eso precisamente estaban expuestos. Vosotros, en cambio, sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa. Los que antes erais *no-pueblo*, ahora sois *pueblo de Dios*, los que antes erais *no compadecidos*, ahora sois *objeto de compasión.* (1P 2, 1-10)

El texto evoca una exhortación bautismal a los que acaban de ser incorporados al cuerpo de Cristo, aun cuando aquí el símbolo es el propio de la edificación, de la casa espiritual. Los recién nacidos no deben permanecer en la verdad de la gracia recibida. Al ser incorporados al cuerpo de Cristo y compartir su vida de Resucitado por el bautismo, los cristianos se convierten con él en una casa construida por el Espíritu Santo, para ser, como ya lo decía, una ofrenda agradable a Dios, de modo que toda la existencia y compromiso en la historia se convierta en un sacrificio de alabanza a Dios. Es como si dijéramos que el mundo llegue a ser Eucaristía, a fin que todo sea recapitulado en Cristo Jesús. Con la vida y palabra, el cristiano debe trabajar para que todo sea transfigurado en Cristo. Pero todo esto supone edificar sobre la piedra angular que es Cristo, ser piedras vivas del único templo, que es la comunidad. Pablo expresa lo mismo cuando recuerda que el único cimiento puesto por Dios es Cristo y que cada uno debe verificar con que material está edificando sobre el cimiento, pues todo ha de pasar por el fuego del sacrificio (cf. 1Cor 3).

Los símbolos y metáforas son múltiples para expresar la misma realidad, pues su novedad es tal que ninguna palabra puede dar cuenta de ella. Trabajar por hacer de nuestro mundo una casa espiritual es la liturgia que estamos llamados a llevar adelante en medio de un mundo secular, desde dentro de él. Este es el sacrificio espiritual y que implica el don de la propia vida al servicio del plan de Dios sobre el mundo, respetando su legítima autonomía.

III.- LA PERSPECTIVA DEL SACRIFICIO EN LAS PLEGARIAS EUCARÍSTICAS

Para completar estas reflexiones, me detendré brevemente en algunas expresiones significativas de las actuales plegarias eucarísticas. Ellas nos permiten comprender mejor quién nos incorpora al sacrificio de Cristo y cómo estamos llamados a dar cuenta de ello en medio de la comunidad humana. Es una súplica que debemos realizar con sencillez y verdad, desterrando de nosotros la perniciosa rutina.

Que él nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos (Plegaria III)

Dirige tu mirada sobre esta Víctima que tú mismo has preparado a tu Iglesia, y concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de su gloria (Plegaria IV)

La comunidad eucarística, incluido el que preside en nombre del Señor y se hace su voz en Cristo (a veces tampoco él está muy atento a lo que se proclama en nombre de todos), pide al Espíritu de la comunión que nos haga en Cristo una ofrenda agradable a Dios. Esto

supone una apertura a la acción del Espíritu que sostuvo a Jesús en su ofrenda al Padre y por el bien de la humanidad.

La plegaria IV lo expresa de una forma muy fuerte: «que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de su gloria». Es impresionante el riesgo que esto comporta para quien lo pide de verdad. No terminamos de pensarlo. ¿Quién nos puede impedir llegar a ser una ofrenda agradable a Dios, sino nosotros mismos? No busquemos ya chivos expiatorios. Vivamos de verdad nuestra condición sacerdotal, pues ella consiste en ofrecerse como víctimas en Cristo. ¿No era esta finalidad misma del apóstol de las gentes: hacer de los gentiles en el Espíritu Santo una ofrenda agradable al Padre? Esta es, en realidad, la misión propia del apóstol, del discípulo misionero; pero tendemos a olvidarlo, pues es más cómodo, comfortable y agradable hacer cosas. Por ello se olvida hoy la dimensión del sacrificio, para quedarnos únicamente en la perspectiva del «banquete».

Es verdad, la Eucaristía es fiesta y alegría, un verdadero banquete sagrado, pero no debemos degradarlo en jolgorio y folklore religioso. La alegría de ofrendarnos con Cristo en favor de la humanidad amada por Dios, es hacerse don para los demás y esto, por tanto, supone morir a uno mismo para dar vida. Tal es el riesgo de celebrar el sacrificio del altar, de hacernos con Cristo un don sagrado, un don de Dios para el mundo. La vocación del pueblo de Dios es ser para los demás y con los demás una ofrenda de alabanza a Dios.

La persona religiosa, y esto es verdad igual para los hombres y las mujeres, corre el peligro de buscar su propia afirmación en el acto religioso. Esa no es la lógica del sacrificio de la fe, del sacramento de la fe. No lo perdamos nunca de vista. Cuando esto se pierde de vista, muchas personas abandonan el dinamismo de la fe que obra por amor; y así vemos cómo tantas personas buenas buscan en los sucedáneos religiosos su alimento espiritual, en lugar de anclar su vida en el dinamismo eucarístico, en ser en Cristo pan partido para la vida del mundo. Para cultivar la gracia bautismal es necesario, por tanto, adentrarse día tras día en el sacerdocio existencia de Jesús, nacido de la tribu de Judá, esto es en su muerte y resurrección, para ser con él y como él altar, víctima y sacerdote.

CONCLUSIÓN

Jesús no perteneció a la tribu de Leví, sino a la tribu de Judá, como acabo de indicar. No nació en una familia sacerdotal, en una familia de privilegiados. No ejerció en el Templo, en el centro del poder religioso. Su vida se desarrolló principalmente en Nazaret, durante treinta años, trabajando con sus manos para ganarse el pan de cada día con el sudor de su frente, como un pobre. Vivió sin otra seguridad que la de sentirse amado por el Padre. Toda su vida fue una ofrenda al Padre en la entrega a la misión que se le había confiado. Esta ofrenda culminó en la cruz. Pero no podemos perder de vista que toda su existencia fue un sacrificio, desde que entró en el mundo, como nos ha recordado la carta a los hebreos.

Toda la existencia de Jesús, tanto durante su vida oculta como durante su misión pública, fue una entrega al Padre y a su designio de salvación. Entrega en la obediencia al Padre y en la solidaridad con sus hermanos. Una vida para Dios y en favor de sus hermanos. En todo momento estuvo atento para descubrir la hora del Padre, la cual se confundió con la hora de las tinieblas. Algo que nos cuesta entender a los hombres y mujeres de la sociedad

del bienestar. Por ello para terminar estas reflexiones, me parece de lo más oportuno releer despacio un texto maravilloso de la carta a los hebreos.

Dios no sometió a los ángeles el mundo venidero, del que estamos hablando; de ello dan fe estas palabras: *¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, | o el ser humano, para que mires por él? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, | lo coronaste de gloria y dignidad, todo lo sometiste bajo sus pies.* En efecto, al someterle todo, nada dejó fuera de su dominio. Pero ahora no vemos todavía que le esté sometido todo. Al que Dios había hecho un poco inferior a los ángeles, a Jesús, lo vemos ahora coronado de gloria y honor por su pasión y muerte. Pues, por la gracia de Dios, gustó la muerte por todos.

Convenía que aquel, para quien y por quien existe todo, llevara muchos hijos a la gloria perfeccionando mediante el sufrimiento al jefe que iba a guiarlos a la salvación. El santificador y los santificados proceden todos del mismo. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos, pues dice: *Anunciaré tu nombre a mis hermanos, | en medio de la asamblea te alabaré.* Y también: *| En él pondré yo mi confianza.* | Y de nuevo: *| Aquí estoy yo con los hijos que Dios me dio.* (Hb 2, 5-12)